

Carlos Martínez Moreno: "Con Las Primeras Luces"

El personaje novelero es casi siempre un vencido. Le derrota la naturaleza, la sociedad, el azarismo o la desdicha. No importa que cosa sea el vencedor, lo que literariamente prevalece es el derrotado. Para este personaje no hay mayor grandeza que su derrota. Si es valiente y se atreve a pelear con la desdicha, sin cejar nunca, sin saberlo que éste va a derribarlo, su derrota adquiere una dimensión trágica, que es —de todas las desdichas— la más alta.

Si un personaje de novela o de cuento aparece venciendo a la adversidad que le ha acosado profundamente, es técnico casi en seguida por un fantoche. No conviene a nadie. Pero, para él, es como salirse de la literatura, sin tener dónde ir a parar.

Dentro del cuadro habitual de personajes, vencidos, el corriente es encontrarlo resignado. Perdió el alma de rebelión. Ha decidido dejarse llevar por la corriente de los días contrarios. Se acomoda lo mejor que puede en el rincón de su mala suerte y —en su rincón— la indiferencia y la abulia le convierten en amortajado. En el comentario del cuento o de la novela es que está, el lector le da, por fin, una última mirada, luego después recordarlo, o muy a menudo le olvida.

Todos conocemos a este personaje novelero, cuya semblanza hemos trazado sin exagerar. Se encuentra en casi todas las literaturas y constituye apreciable imaginaria. Por cierto que no puede faltar en la narrativa latinoamericana. Le hallamos en dos rangos sociales, actualmente observados con frecuencia por nuestros narradores: o pertenece a la clase media y posee escasísimas recursos económicos, o se sitúa entre la gente adinerada que, si no es de la aristocracia, hace —razonablemente— como si lo fuera. Cuando los personajes son de la clase media y no tienen otro bien que su pobreza, los novelistas los meten en la vida burocrática, los llaman de aburrimiento, les dan como premio de su infortuna una frustración inaprovechable. Y si los personajes son de familia adinerada, aristocrática o no, los narradores, con mano diligente, los conducen a la quiebra, al fracaso.

Hemos esbozado rápidamente el ambiente de gran parte de la literatura actual. Dentro de él —todos lo sabemos— hay obras maestras; pero no faltan las muy entecas y sin porvenir, cuentos o no con bulliciosa propaganda.

"Con las primeras luces" es una novela donde los personajes pertenecen a una familia aristocrática, que, sin que tenga remedio la aventura, queda cuenta abajo. Los dos personajes sobrevivientes de pasadas grandezas son miseros pollos que, en las páginas del libro, muestran el vacío de su inteligencia, la fuga de su voluntad, los pequeños rancures y escondidas mezquindades que han estado royéndoles el queso rancio del espíritu.

Carlos Martínez Moreno es un escritor joven todavía. Uruguayo, nació en 1917 en Colonia del Sacramento, tierra de buen ganado. Vive ahora en Montevideo, es periodista, crítico, y goza de renombre. Su obra publicada no es amplia: dos libros de relatos ("Los días por venir", 1960, y "Cordelia", 1961) y una novela, que aparece al año siguiente, 1962, en España: "El parásito". La novela que aquí nos interesa —"Con las primeras luces"— la edita en Barcelona Seix Barral. Es el único libro que lo conocemos. Se nos revela como narrador realista, acucioso observador de pormenores que tienen advertencia insignificante, pero resultan valiosos para comprender la mentalidad de los personajes y para percibir con claridad escenas y ambientes.

La acción transcurre en una sola noche. Ha terminado una habitual borrachera de los protagonistas —Bob y Eugenio— en una casa que les pertenece, y ya se han marchado los amigos que les acompañaban. Eugenio se ha dormido en un sofá del jardín. Cuando despierta, la noche le rodea, Bob se ha acostado después de cerrar la verja del jardín y la puerta de la casa. Es inútil llorar. Bob no oír ni los golpes ni los gritos. Eugenio decide salir como si fuera hombre dueño de la agilidad de un ladrón gimnasta, saltando la reja. No son hazañas para él, con su borrachera y los años que ya están pesándole en el cuerpo. Trega por la verja, una de sus largas puntagudas se le entierra en la ingle, se hiere de cuidado y comienza a desangrarse. Este es el punto de partida de la novela. En seguida, tomará diversas direcciones: Eugenio adquiere conciencia del peligro en que se halla y de que no podrá contar con ayuda; mientras va muriendo, le invade la desesperación y va encerrando cosas. Así, pues, la narración se reparte en los siguientes planos: en el

jardín, junto al herido que se va desangrando; en la memoria, donde el prófugo empieza a desenrollar la historia de Bob y Eugenio junto a la de los principales miembros de la familia; y en el pasado inmediato, que es una zambomba de imágenes donde la borrachera recién vivida exhibe insistente su necia y ruidosa sobreexcitación. Las figuras que se entremezclan, crispoteantes, en los recuerdos del herido son numerosas. Las que más importan son las que representan las cenizas y los rincones capitales de la familia Escudero, de la que son descehidos los ociosos y sedientos dos protagonistas. La familia tiene su origen en el general Escudero, que ha luchado por la independencia del país, tiene guardado su uniforme en el Museo Histórico Nacional, y es conocido por un importante retrato que por obligación deben admirar las colegiales, sin que les sea posible olvidarlo jamás. Poco a poco vamos imponiéndonos de ciertos secretos familiares. Nos metemos en un clan, que posee sus tradiciones, sus prejuicios, su idioma propio en ciertas ocasiones. En la vida y en la muerte, los Escuderos tratan de mantener a tupa, soberbia, brillo. Entre un Escudero y otro hay siempre correspondencia, seguridad de estar en lo cierto, orgullo de clase, humorismo particular, y un repertorio de preferencias frente a tantas las posibilidades que la vida ofrece cuando se sienta prófugo.

Las grandezas difuntas se agotan de pronto del herido cuando se impone el recuerdo de la borrachera recién pasada, o cuando la sangre sigue manando, Bob dormiendo en alguna parte de la casa, sordo para todo llamado, y la noche se espesa, horfando, definitivamente esperanzas.

Carlos Martínez Moreno es las aventuras con no poca destreza para novelar varias vidas junto a la que va extinguiéndose antes de que llegue la mañana. Al hacerlo, traza las líneas de una pendiente por la que algunos de los personajes ya han caído o van cayendo sin ninguna capacidad de equilibrio. No es fácil contar tan hábilmente la frustración, la estolidez, la decadencia como lo hace este novelista uruguayo. Pero, terminada la lectura, no es posible negar que se siente un cómodo alivio.

Hernán del Solar

Carlos Martínez Moreno, "Con las primeras luces" [artículo]

Hernán del Solar.

Libros y documentos

AUTORÍA

Solar, Hernán del, 1901-1985

FECHA DE PUBLICACIÓN

1967

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Carlos Martínez Moreno, "Con las primeras luces" [artículo] Hernán del Solar.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile